

A la Revolución y al socialismo debemos hoy todo
lo que somos Pág. 6

Entrevista a Luis Abreu, Secretario General del SNTECD

Pág. 10

Trabajos premiados en la V Jornada Pedagógica

Artículo sobre papa

Pág. 52

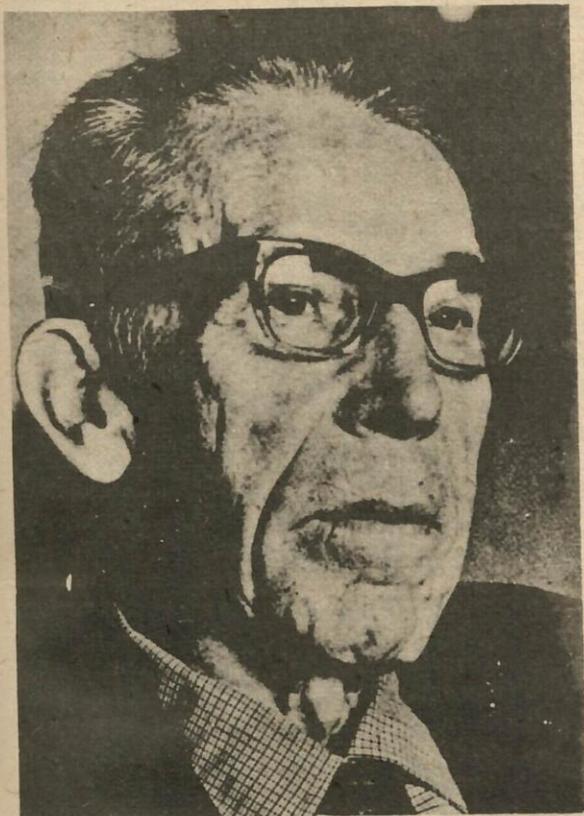
EDUCACION80

AÑO XXI JULIO- DICIEMBRE DE 1991

**XX ANIVERSARIO
DE LA CREACIÓN
DE LA REVISTA
EDUCACIÓN**

2020

HERMINIO ALMENDROS:



NIÑOS Y JÓVENES, SUS DESTINATARIOS

C.DRA. DELFINA GARCIA PERS*

Este artículo está dedicado al sabio maestro Herminio Almendros Ibáñez (1898-1974), español por su nacimiento, cubano por su ciudadanía y su identificación con los anhelos de renovación cultural de la naciente sociedad socialista en nuestro país, como reconocimiento de lo que ha significado para la educación su labor literaria, pedagógica y publicitaria.

La obra escrita de Herminio Almendros, tanto la del género didáctico como la que se inscribe francamente en la serie literaria infantil y juvenil, está destinada en su totalidad a dar cumplimiento al objetivo principal de su fecunda vida profesional: educar y enseñar.

Sus lectores son, pues, profesores, maestros y escolares o estudiantes; sus destinatarios principales, niños y jóvenes.

* Metodóloga de la Dirección de Formación y Perfeccionamiento de Personal Pedagógico

Si de materiales docentes se trataba, su estilo era natural, elegante, claro y ameno, sin perder su carácter científico y didáctico. Cuando escribía para niños y jóvenes, el lenguaje fluía terso y brillante, vistiéndose de gala: era un estilo realista, que «poseía el arte de posarse en las cosas y en los hechos reales» para perfilarlos y embellecerlos con la fantasía que nace de esa misma realidad, sin desasirse lo estético: «la vida como hecho primordial; y como condición primera y necesaria, la verdad».¹

Esta caracterización, que refleja el propio criterio de Almendros cuando se refiere al realismo de José Martí en «La Edad de Oro», la aplicaba él mismo en sus escritos, trabajando artísticamente en un «andamiaje de ideas, de hechos y de cosas»,² eligiendo los temas y enfocándolos o proyectándolos de un modo muy personal, con marcada intención de sugerir y de formar en sus jóvenes lectores normas y maneras propias de quienes estaban llamados a transitar por un camino de progreso, hacia un horizonte nuevo. Sus cuentos, leyendas y relatos, en los que se aprecia esa tendencia que no da cabida a la ficción fabulosa, sino que deja las cosas en su punto, sin desvirtuar la verdad, enriquecieron el repertorio, de la literatura infantil y juvenil de habla castellana y contribuyeron a mantener en activo la producción de esta serie literaria en nuestro país, cuando el abandono oficial olvidaba los gustos y los intereses junto con la necesidad de educación estética y ética de nuestras jóvenes generaciones y cuando, salvo valiosas excepciones que hoy todos conocemos, esa clase de literatura era muy poco cultivada.

Se ha pretendido negarle a Herminio Almendros ese reconocimiento y el derecho a integrar las filas de los creadores de esa serie literaria. Pero hoy, cuando la Revolución ha conquistado para las mentes infantiles y juveniles el derecho a encauzarse y formarse deleitándose con la lectura, junto a la pléyade de viejas figuras y a los nuevos creadores que sobresalen, se mantiene también su nombre calzando títulos que como «Oros Viejos», «Pueblos y Leyendas», «Había una vez...», «Cuentos de Animales» y «Lecturas Ejemplares» han sido editados y se siguen editando en España, en Cuba y en varios países de Hispanoamérica.

La admiración de Herminio Almendros por la obra de Martí, y en especial, por la que el Maestro por antonomasia escribió para los niños de Cuba y América, lo llevó a hacer el análisis más certero y completo que acerca de «La Edad de Oro» se había publicado. En «A Propósito de La Edad de Oro de José Martí» (Cuba, 1956), publicado también en México, en 1971, bajo el título «Estudio sobre Literatura Infantil» y reeditado en Cuba revolucionaria con el título original, saca a la luz los criterios martianos —implícitos en las composiciones de la famosa revista literaria— acerca de lo que debe ser la literatura infantil y juvenil: una literatura que reúna el requisito de alcanzar la perfecta armonía entre la educación de la inteligencia y el cultivo de la sensibilidad afin a los verdaderos valores humanos, éticos y estéticos; que vaya conduciendo a las jóvenes generaciones por los caminos rectos, firmes y paralelos, de la educación científica y la educación

En las citas 1 y 2 se han parafraseado y citado ideas del propio Herminio Almendros acerca del estilo de José Martí en «La Edad de Oro», expresados en su libro *Estudio sobre Literatura Infantil* (p. 37) publicado en México por Oasis, S. A., en 1971. Este libro ha sido publicado también en Cuba con el título *A propósito de la Edad de Oro de José Martí*.

literaria, para que puedan llegar a ser de veras hombres y mujeres de su tiempo; en fin, una literatura que revele en toda su plenitud el propio pensamiento martiano de que «leer es trabajar», o como afirmara Mirta Aguirre, otra eminente escritora y educadora cuyas composiciones para niños son difíciles de igualar: «leer es informarse y formarse».

Tan relevante como su obra de literatura artística y aún más amplia, fue su obra pedagógica, que abarca diversos campos del saber y que también ha sido publicada en España, en Cuba y en algunos países de Hispanoamérica, sobre todo en México y Argentina.

El empeño de Herminio Almendros en modificar de modo sustancial las tradicionales técnicas de trabajo y el carácter de las materias escolares, se hizo mucho más evidente en el dominio particular de la enseñanza del idioma.

Muchos criterios y enfoques que hoy nos son familiares y cuya necesidad de aplicación ha sido más que probada por la eficacia de los métodos e instrumentos con los que se llevan a la práctica, constituyeron el motivo de su insistencia y de sus planteamientos al analizar las causas del proceder insuficiente y del pobre producto del comportamiento docente, en lo que se refiere al desarrollo de la lengua materna en los escolares.

Consideraba esencial, para desarrollar y enriquecer el pensamiento y el lenguaje de los educandos, el cultivo de la lengua oral; criticaba duramente que, en la escuela primaria, la lengua escrita y la enseñanza de la lectura suplantaran en demasía a la forma básica y fundamental de expresión: y sostenía que la organización inteligente de la práctica de la lengua hablada, siguiendo el proceso natural que se da en la adquisición del idioma, señala principios y normas que una buena enseñanza escolar debe aprovechar, muy superiores al estudio de reglas teóricas, que era lo que imperaba entonces.

No ocultaba su preferencia por iniciar la enseñanza de la lectura y la expresión escrita partiendo del auténtico lenguaje infantil y no de expresiones generales, ajenas, impresas en los libros. «Lo que los niños expresan por el dibujo y por el habla —decía— lo imprimen ellos mismos en el aula en un trabajo en verdad apasionante».³ Se refería a la técnica de «la imprenta en la escuela», en la cual se integran el reconocimiento global, el análisis y la síntesis de las oraciones y las palabras.

«Para partir de la lengua del alumno y para que ella sirva de base, es preciso que el alumno hable; que se exprese libremente; que se ejercite en decir cosas que él siente y piensa, y que oiga hablar de eso mismo. Ni que decir tiene que, hablar de lo que uno puede hablar, que es lo que sabe y comprende, y oír hablar de ello en intercambio, es entablar una conversación. La conversación es, en efecto, el acto verbal en el que se dan naturalmente las funciones esenciales de la comunicación por la palabra: expresar el pensamiento propio e interpretar el ajeno. No hay hecho idiomático más genuino. Conversar es comunicar y recibir, intercambiar ideas, esforzarse en comprender y en decir. Nuestro quehacer esencial con el idioma es en definitiva conversación, y hasta nuestro pensar —pensar con palabras—.

3. Herminio Almendros. *Algunas consideraciones acerca de la enseñanza del Español*. Dirección General de Formación de Personal Docente, MINED. 1975. p. 85.

es una forma latente de conversar. Yo me lo digo y yo me lo entiendo o me lo confundo.»⁴

Rechazaba, para la escuela primaria, las clases especiales de idioma en las que, por su misma especialización se acaba por caer en un rutinario artificio gramatical. Insistía en que el maestro lo es del idioma en todo momento y no solo en el horario establecido para las clases de esa materia.

En la escuela secundaria, donde hay una mayor especialización de las asignaturas, debería dedicarse al cultivo de la lengua oral no menos de la quinta parte del tiempo asignado al aprendizaje del idioma. «Todos los recursos con que la lengua hablada trata de reflejar el pensamiento y la efectividad, han de ser considerados y cultivados. No solo hay que mirar en el idioma su función utilitaria de comunicación, sino su virtud creadora, artística, expresiva de la sensibilidad personal.»⁵

Recomendaba aprovechar todas las ocasiones, pero también dedicar clases cuyo objetivo específico sea «que el alumno hable a los demás y les diga experiencias de su vida, narraciones de peripecias, observaciones, reflexiones e inquietudes íntimas, recuerdos, aspiraciones, creaciones de la fantasía, sueños... El tema o materia de la expresión oral debe ser libremente elegido por el alumno. No se dice bien, ni reclama esfuerzo realmente fructífero, lo impersonal, lo que no bulle y surge como fuente de hontanar propio».⁶

Sugería también organizar conversaciones entre alumnos sobre temas elegidos por ellos mismos; preparar «conferencias» o charlas sobre temas diversos, a cargo de alumnos que voluntariamente se dispusieran a ofrecerlas; representar obras teatrales seleccionadas, preferiblemente cortas; presentar informes de libros leídos, y otras actividades en las que fueran los alumnos los principales actores. Como ayuda inapreciable en todas ellas, recomendaba el magnetófono o grabadora, «que registra y puede reproducir fielmente méritos y defectos».⁷

Señalaba la necesidad y la importancia de que en todas las ocasiones del empleo de la lengua oral —incluida la lectura expresiva—, el maestro atendiera al tono de voz, al ritmo, a la entonación y las pausas, a los silencios, a la pronunciación correcta y agradable, a los gestos y los ademanes...; y de que no desaprovechara las oportunidades de comentar y celebrar los aciertos, y de exaltar el mérito, de la naturalidad, la claridad, la elegancia, la propiedad y la viveza del lenguaje, mostrando a la vez su rechazo al verbalismo y a la vulgaridad.

Consideraba como una «cantera viva» las notas que iría tomando el maestro sobre el empleo pobre o impropio del vocabulario, los errores de construcción, los defectos prosódicos y otros elementos que aprovecharía luego para hacer observaciones precisas, invitar a repetir y a tomar nota de las frases ya corregidas, a buscar sinónimos para sustituir términos repe-

4. Obra citada, p. 35.

5. *Ibidem*, p. 45.

6. *Ibidem*, p. 43.

7. *Ibidem*, p. 66.

tidos, a esforzarse por encontrar la expresión más elegante en lugar de la frase de mal gusto... Nunca serían más «funcionales» los elementos del idioma y la teoría gramatical, que en esas clases en las que todo iría surgiendo y manifestándose en la vida práctica.

Para enriquecer el lenguaje, consideraba necesaria la ampliación del vocabulario del alumno, pero no concibiendo las palabras «como elementos postizos que basta introducir en cualquier momento en el sistema de la lengua (...) para que ya funcionen en él, sin más ni más»,⁸ sino recorriendo «un camino de experiencia personal, de tanteo y de práctica propios y reiterados, en el que llegue a fijarse con firmeza la correspondencia de la palabra con la idea justa y con la situación, y que establezca las relaciones del nuevo término con los demás en la frase o en las frases y las atracciones y repulsiones con unos y otros en el conjunto».⁹ El diccionario debería estar siempre a la mano y ser muy usado.

Al considerar los desaciertos y el desinterés que suelen mostrar los alumnos por la composición, estimaba que la dificultad que conduce a la monotonía y el desánimo radica en la técnica defectuosa que suele seguirse en la clase: en primer lugar, proponer a los escolares un trabajo que tiene el poco incentivo de una finalidad artificiosa; que el maestro y los demás le hallen defectos y se los corrijan. «Lo que se escribe —lo que escribe cualquiera— se dice no para que sea sin más corregido, sino para que sea leído por otros que están interesados en leerlo. Esa es la finalidad natural —como en la vida— que siente como incentivo quien escribe, y no la limitada y artificiosa del ejercicio escolar que deprime el ánimo.»¹⁰

Aconsejaba enriquecer la técnica de la composición proporcionándole medios que la situaran en un «circuito natural» de valiosos motivos. Dichos motivos podrían ser la reproducción de los trabajos y el intercambio con otras escuelas. «La técnica de la composición debe tener por base la correspondencia interescolar organizada y sistemática; si no se hace así adolecerá siempre de una deficiencia fundamental.»¹¹

Pensaba que «la lengua escrita no hace, sino traducir gráficamente la lengua hablada, en la que, en silencio, precisa su pensamiento el que escribe».¹² Y aconsejaba, como norma general, partir de ella, para poder aspirar a mayor cuidado y perfección de la expresión escrita. Decía que las composiciones así logradas, constituyen el más valioso recurso para el estudio del lenguaje: en la observación y el análisis de lo escrito se irán poniendo al descubierto, no solo las leyes de la construcción del idioma y las normas de su uso culto y elegante, sino que pueden salir a relucir otros hechos de lengua relacionados con el léxico, con el oficio de los signos de puntuación, con las dificultades ortográficas, con recursos estilísticos y otros

8. *Ibidem*, p. 58.

9. *Ibidem*, pp. 58 y 59.

10. Herminio Almendros. Guía de Español. Destinada a los Profesores de las escuelas de formación de maestros primarios, La Habana, Primera edición, 1971, p. 5.

11. *Ibidem*, p. 5.

12. Herminio Almendros. La enseñanza del idioma. Dirección Política del MINFAR. Sección de Enseñanza. La Habana, 1967, p. 22.

que sobrepasan lo estrictamente gramatical.

Sugería, para la revisión y corrección de las composiciones, técnicas de trabajo colectivo y maneras de proceder que podrían ser enriquecidas con detalles y ejercicios surgidos de un trabajo en el que debían imperar la naturalidad, la confianza y la sinceridad.

La práctica, en la que la teoría cobra sentido y se enriquece con la observación y verificación de todos los procesos lingüísticos y con la reflexión y el comentario acerca de los resultados, era para Herminio Almendros el principio rector de todos los métodos de enseñanza de la lengua. Y, como recursos o «artes» fundamentales, de esa práctica señalaba: «hablar», «leer» y «escribir», de los que surgen «múltiples» ocasiones de observar y establecer ideas y hechos de la composición del idioma.¹³

En su concepción de los programas y técnicas de la enseñanza del Español, no desatendía el Dr. Almendros la cuestión de la preparación de los maestros y profesores:

«En esta cuestión de la didáctica del idioma ha de presidir el interés y el propósito primordiales de que el maestro conozca e integre a su cultura nociones esenciales acerca del lenguaje, que influyen decisivamente en su actitud respecto a lo que se propone enseñar y respecto a la estimación de lo que los alumnos aprenden. El saber de nociones elementales de la gramática de nuestra lengua, que se ha venido considerando hasta ahora como bagaje suficiente del maestro sobre conocimiento del idioma, debe ser completado y "vivificado" por ciertas nociones de lingüística general, necesarias para que el que ha de enseñar oriente bien su propia formación y para que se atenga en la enseñanza a un criterio que sirva de guía y norte valiosos.»¹⁴

Luchador incansable en la batalla por elevar la eficacia de la educación, Herminio Almendros estaba consciente de que «la escuela, tanto en el nivel primario como en el secundario, deberá suscitar y mantener con decisión y firmeza un ambiente de reverencia por la virtud íntima y social que como instrumento tiene el idioma, así como por su belleza; y además, exaltar el elogio del mérito de hablar bien, la satisfacción que ello produce y la devoción por el cultivo de nuestro idioma, actitud que habría de convertirse en gala colectiva de orgullo nacional!».¹⁵

Recordemos la obra de Almendros y sus ideas pedagógicas, y pensemos cuánto nos pueden sugerir todavía para perfeccionar nuestras técnicas de trabajo y mejorar y enriquecer el lenguaje de los escolares.

13. Obra citada, p. 25.

14. Herminio Almendros. Algunas consideraciones acerca de la enseñanza del Español. p. 10.

15. Obra citada, p. 42.

BIBLIOGRAFIA:

Almendros, Herminio: La Enseñanza del Idioma. MINFAR. Dirección Política. Sección de Enseñanza. La Habana, 1967.

Almendros, Herminio; Delfina García Pers y Beatriz Rodríguez: Guía de Español, Dirección General de Formación Docente. MINED. La Habana, Editorial Pueblo y Educación. 1971.

Almendros, Herminio: Algunas Consideraciones acerca de la Enseñanza del Español. Dirección General de Formación de Personal Docente, MINED, 1975.

Varios: Acerca de la Literatura Infantil. Selección de Lecturas. Compiladoras Delfina García Pers, Beatriz Sallés Merlo y Norma Santos Díaz. Ciudad de La Habana. Editorial Pueblo y Educación. 1980.

CON SENTIDO COMÚN

LOS MAESTROS NO PUEDEN CERRAR LOS OJOS

JACINTO MIRANDA SANCHEZ*

En el deambular por la ciudad, en la convivencia familiar y social, en esa «universidad de la vida» que es la calle, se pone de manifiesto en qué magnitud las enseñanzas escolares se transforman en convicciones ideológicas, en normas de conducta diaria en los educandos.

A tono con esta realidad conviene analizar, aunque sea someramente, la actitud que deben asumir los docentes ante el proceder de algunos niños, adolescentes y jóvenes, que motivan el descontento y a veces la irritación de la ciudadanía.

Cualquier usuario de los ómnibus puede observar en ocasiones a estudiantes que estando en posesión de adecuados conocimientos culturales se conducen en forma incorrecta: evaden el pago del servicio; molestan al resto de los pasajeros, vociferando, retozando, fumando; fuerzan las puertas para entrar o impiden de manera injustificada que estas cierren; viajan colgados por las afueras, aunque haya espacio en el interior del vehículo.

* Dirección de Divulgación y Publicaciones